
LIBERALISMO NEO-LIBERALISMO Y ECONOMIA DE MERCADO EN AMERICA LATINA

SUMÁRIO

**Guillermo León
Escobar H.**

PHD en Filosofía y Letras,
en Pedagogía. Magister en
Educación y Romanística,
en Teología y Doctrina
Social de la Iglesia. Director
de la Fundación Simón
Bolívar, Santafé de Bogotá.
Colombiano.

Este estudo, à medida em que vai caracterizando o Liberalismo e o Neoliberalismo, situa a América Latina frente às diversas facetas de seu desenrolar histórico entre nós. O primeiro pensamento liberal que ingressa no Continente é aquele acompanhado dos enunciados filosóficos da Revolução Francesa: liberdade de empresa, liberdade de produção, liberdade de circulação e liberdade de consumo, com o mínimo de intervenção do Estado. Mais tarde, com as grandes crises constituídas pelo abalo econômico dos anos 30 e pelas duas guerras mundiais, precedidas pela erupção da doutrina social da Igreja e pelas teses militantes do Marxismo, teóricos levam o ideário liberal acomodar-se às novas circunstâncias, dando origem ao Neoliberalismo. Este, numa primeira fase, caracteriza-se pela rejeição de um total voluntarismo do indivíduo, vinculando Economia e Estado. Sua segunda fase se configura ao redor da Conferência de Helsinki (1974-1975), advogando a globalização do mercado, a redução do tamanho do Estado, a privatização, a transferência da segurança social para a esfera privada, etc.

Grande es la dificultad que se tiene en América Latina -es posible que suceda en otras partes- con las palabras y con los conceptos que a través de ellas se quieren transmitir. Si bien, esto sucede en muchos y variados casos del conocimiento y de la realidad, en la economía, por la explícita vigencia de su discusión, se pone de bulto el problema:

¿Qué hay detrás de palabras como liberalismo, neoliberalismo y economía de mercado? (No se puede olvidar que el asunto puede complicarse en la discusión de otro término como es "economía social de mercado").

La primera impresión es que esas palabras lo dicen todo y dicen nada. Por ello es imprescindible, más que teorizar, hacer un recuento que permita ubicar a Latinoamérica frente a cada una de las facetas de desarrollo histórico del liberalismo entre nosotros.

El liberalismo penetró eficazmente en América Latina; bien puede decirse que lo hizo sin todas las dificultades y discusiones que se cumplieron en Europa ya que se logró escindir la conciencia y la presencia de las gentes de cara a la realidad en dos fronteras que con el tiempo han llegado a ser perfectamente identificables: lo público y lo privado. Es muy reducida la discusión de ingreso de "lo liberal" aunque sin duda hubo quienes intentaron establecerla sin éxito evidente.

A diferencia de Europa y del ámbito sajón donde el liberalismo es un desarrollo normal de la historia, en Latinoamérica es cimiento fundante de una realidad bien diferente a la vivida en la época colonial; las naciones latinoamericanas son hijas unánimes del liberalismo y lo asumen como propio sin esa base crítica que lo acompañó en el viejo continente.

Criticar "lo liberal" es vulnerar la base misma de la independencia y el sustento de la libertad obtenida. Es por ello que en América Latina la idea liberal pura fue más fuerte que en cualquiera otra región, se asimiló, se hizo propia y aun con las variaciones que ha sufrido en su desarrollo histórico puede decirse que es la postura que define a América Latina.

En efecto, todas las opciones supervivientes de organización de la sociedad y de la convivencia -con excepción de los ámbitos en que el social-cristianismo ha tenido éxito- son de estirpe liberal y bien puede marcarse que en lo que hoy en día se reconoce como el espectro político la extrema derecha reclama ser hija del primer liberalismo, el centro-derecha reconoce su filiación en la segunda etapa del neoliberalismo, el centro se confiesa hijo del neoliberalismo de primera etapa dejando así -como centro izquierda- aquellas ideas que se identifican con la economía social de mercado y que anima el social cristianismo.

El liberalismo originalmente apreció la urgencia de reducir al máximo la intervención del Estado en el desarrollo de las actividades económicas a fin de garantizar la plena libertad que requería el modelo de sociedad propuesto.

El sueño liberal, sin embargo, no se restringía al ámbito nacional sino que aspiraba copar las relaciones del mundo de tal manera que se creara una inmensa red de intercambios que, a través del auge de la mediana y pequeña empresa, pusiera en juego toda la capacidad de la iniciativa privada y las posibilidades de la competencia.

Se equivocan quienes piensan que el liberalismo es tan sólo un asunto de la economía; si logró un relativo éxito, si alcanzó a dejar formas y tendencias que aun hoy sobreviven con éxito es porque estaba respaldado por una filosofía. Ninguna forma económica es por sí misma; bien puede decirse que ella es un lenguaje de una cosmovisión y de una concepción del ser humano.

Por lo general, los pensadores del liberalismo creen que existe un "orden económico" tan predeterminado como el mismo "orden natural", que es inmodificable pero capaz de otorgar a cada quien, según el papel que en él le haya tocado desempeñar, una porción

de satisfacción y de felicidad medible en términos concretos. Nadie puede escapar a este "orden" ni a las "leyes" que lo expresan.

El "Homo oeconomicus", visión y concepción que soporta el edificio liberal es algo evidente, está ahí en relación directa con la realidad de sus carencias y de sus necesidades a las que debe dar respuestas permanentes y eficientes en el marco de la cotidianidad y en el no menos exigente de las seguridades del mañana. Esta visión economicista responde al instinto del vivir y a la tendencia de lograrlo con el menor esfuerzo.

Todo se vincula con la vida material en donde se hallan las respuestas que deben lograrse por propio esfuerzo, en donde cada quien está librado a su capacidad y de producirse la asociación de seres humanos en torno a un objetivo a lograr, ella llevará consigo la permanente posibilidad de disolución ya que nada hace posible que alguien, vinculado a esta concepción ceda voluntariamente su posibilidad de éxito a un competidor que puede sobrepasarlo y agobiarlo con su dominación.

El "Homo oeconomicus" descubre, igualmente, que el "mínimo esfuerzo" está centrado en el aprovechamiento que él haga de los demás en cuanto pueda adquirir de ellos su fuerza de trabajo y orientar su producido al individual beneficio o en propiciar el desarrollo técnico que haga obsoleto el valerse de esa "fuerza de trabajo caprichosa y falible" que es el ser humano.

Este hombre centrado en la idea liberal cree sinceramente que contribuye al ascenso del hombre. Sabe que la excelencia es su desafío y confía que cada quien dé lo mejor de sí mismo en la competencia desatada porque el "bienestar general" es, al fin y al cabo, la sumatoria del "bienestar individual".

Se descubre, entonces el eje del sistema que es aquel de la competencia sin restricciones de la que se derivan las leyes de la oferta y de la demanda aplicada a todo -aun al trabajo humano- y que permite -al menos así lo planteaban los teóricos de entonces- eliminar a los corruptos, a los deshonestos y a todos los que se evidenciaran como perezosos e inútiles. Surge entonces el concepto "mercado de trabajo" -vigente hoy- el cual hace del obrero y del empleado en

cualquier nivel un "alguien" que ha de convertirse a sí mismo en un "algo" que tiene un precio determinado en cada momento por el desarrollo de las circunstancias.

La competencia prepara, entonces, para el libre flujo de las así llamadas "cuatro libertades" que son algo así como los órganos vitales del liberalismo en donde o subsisten los cuatro elementos o ninguno ya que su lógica interna exige el armónico y gradual desarrollo de ellos. "Libertad de empresa, libertad de producción, libertad de circulación y libertad de consumo" son las columnas de ese edificio que, con algunos correctivos, ha logrado cambiar el mundo.

Cualquiera puede preguntarse en dónde permanecía el Estado en tanto que la economía ocupaba el papel director de la sociedad. Muy sencillo: reducido a lo mínimo era observador complaciente de la competencia, hacía respetar los contratos y velaba por la moralidad vigente que protegía las libertades establecidas; en lo demás, pasaba y debía pasar desapercibido puesto que al ser "orden económico" algo tan inviolable como el mismo "orden natural" y al tener estas leyes que los regentan y organicen no requieren de un agente externo que interfiera en su normal desarrollo.

Este es el primer pensamiento liberal que ingresa en América Latina acompañando los enunciados filosóficos de la "Revolución Francesa" (libertad, igualdad, fraternidad) y los planteamientos generales de los "Derechos del hombre y del ciudadano" que van a defender próceres e intelectuales como si fuesen propios y oponiéndose a todas las instituciones que representaban el ayer, entre ellas prioritariamente, la Iglesia.

El pensamiento liberal está ahí pero no puede mantenerse puro ya que debe confluir con las fuerzas de la tradición establecidas en las que primaba la presencia del Estado que en ese momento transitaba por el centralismo mitigado de esa variante política que dio en llamarse "despotismo ilustrado" (gobierno para el pueblo sin el pueblo) que desarrollará una serie de facetas de "beneficiencia social" a las que ha de arribar el liberalismo puro en su crisis. Esta confluencia entre las instituciones de una monarquía superada y un liberalismo que se inaugura, genera la tendencia conservadurista

(conservadora en lo político, liberal en lo económico) en la que el Estado no renuncia a un cierto papel de dirección y aun de intervención porque presente -por probada experiencia- que todo error económico gira cuentas de cobro a la esfera de lo político.

Otra tendencia defiende y procura dimensionar la concepción liberal en su más pura tónica pero nunca habrán de poder configurar una sociedad de puro sello liberal porque sigue siendo mayor el peso de la tradición que solamente les permite establecer un diálogo entre lo político y lo económico dando como resultado formas variadas que en América Latina se expresan en centralismo (conservador), descentralización (liberal), agrarismo (conservador), industrialización (liberal), presidencialismo (conservador), parlamentarismo (liberal).

Estas múltiples variantes van a generar aun confrontaciones conocidas como guerras civiles cuya paz pactada condujo bien a fuertes presidencialismos en los que quien ejerce la política tiene fuertes nexos con la economía o esta interviene en la designación presidencial, bien a la permisión de gobiernos de facto que desde lo político protejan el acontecer y desarrollo de la economía.

Esta vía del conflicto aclimató en América Latina para anticipadamente -aun antes que muchos países europeos- corregir sobre la marcha el débil papel del Estado en la gestión de la sociedad dando como resultado la aparición del Estado paternal como elemento mitigante de los desafueros que progresivamente produjo el liberalismo en su desarrollo.

En efecto, los inhumanos resultados del liberalismo puro obligaron al Estado a ingresar en el ámbito de la beneficencia, de la asistencia social en procura de aminorar en lo posible el impacto de esa especie de selección natural que produce la competencia. Europa llega a lo mismo por la presión sindical y por las crecientes crisis y confrontaciones. Pero no sólo por ello sino porque los resultados prácticos fueron tan contradictorios que ese mundo ideal de la competencia de pequeñas y medianas empresas condujo a su casi eliminación en los nacientes monopolios que anunciaba Pío XI en Cuadragesimo Anno en la figura de ese monstruo que acaba por devorarse a sí mismo. En el ámbito internacional ocurrió algo similar en la pluralidad empresarial enunciada ya que cada entidad nacional

en el juego de las libertades liberales fue experimentando bien el deseo de someter a otras, bien el deseo de liberarse de las desventajas que la libertad de circulación traía consigo.

El pensamiento latinoamericano se desarrolla en estas facetas, cubre estos tópicos y refleja estas variaciones. De hecho Latinoamérica es la cima de todo el desarrollo práctico del liberalismo en su expresión más pura inicialmente y de sus variaciones posteriores. No es que haya un pensamiento económico que destaque pero sí una práctica político-económico-social que se hace evidente y que logra encauzar y asimilar los distintos momentos de la crisis.

La enunciación por una parte de la doctrina social de la Iglesia (Rerum Novarum) y el planteo militante del Marxismo fortifican la necesidad de intervención del Estado y sin negar el ideario liberal le permiten acomodarlo a las circunstancias, superar la crisis de los años 30 y llegar antes que los teóricos reunidos en 1938 en el "Coloquio Walter Lipmann" a dar vida a lo que se ha dado a conocer como "neoliberalismo".

Las grandes crisis del mundo como las constituidas por la Primera Guerra Mundial, el sismo económico de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial obligan a cambios fundamentales, Keynes y su escuela han cumplido su crítica de cara al liberalismo de Adam Smith recalcando sobre todo la necesidad de la intervención del Estado no sólo como el gran "estabilizador" sino como el garante del "empleo" como condición de que el ciudadano -todos los ciudadanos- tengan la posibilidad real de hacer uso de alguna forma de competencia.

La creación de un grupo de pensadores en donde resaltan Von Hayek, Von Mises, Rüpke, Rougier, Baudin y Lipmann se hacen a la tarea de diseñar el rescate de lo que es fundamental en liberalismo. Bajo el nombre de Neo-liberal se consagra la revisión del concepto y tarea del Estado que no puede limitarse al "dejar hacer, dejar pasar" y observar la concentración monopólica y los desafueros de una competencia sin control. El Estado en todo caso debe regular el desarrollo de la economía a fin de que al tiempo de crear riqueza genere mayores índices de bienestar.

Es preciso entender que esta carta la juegan los intelectuales en los momentos más duros de la confrontación ideológica *Este-Oeste* y saben que ella solamente les será favorable si por una parte logran demostrar que la competencia es mejor que la economía totalmente planificada sin iniciativa privada y por otra si logra contener la descomposición social que genera la marginación y da curso a la creciente brecha entre ricos y pobres.

Para lograr esto el Neoliberalismo da marcha atrás del predicamento liberal que defendía el total voluntarismo del individuo y prescribe que si bien se garantizan la libertad y la iniciativa en el terreno de la economía esta hace adoptar el imperativo de responder con eficiencia a la satisfacción de las necesidades básicas de cada quien. La razón de fondo de esta determinación no es otra que la de frenar la tendencia que pre-anunciaba que el destino del capitalismo era la de resolverse por disolución en el comunismo.

Vincular Economía y Estado fue una estrategia venturosa para el inicio de la reactivación de las ideas liberales ya que al trasladar la responsabilidad social al ámbito de la política le otorgaba una instancia a la economía de trasladar las culpas y deficiencias que anteriormente producía ella misma y depositaba así una responsabilidad -la de la equidad- que nunca había sabido manejar.

Complementar esta gestión del Estado con programas sociales emanados de su iniciativa y reforzarla con la acción de organizaciones privadas de solidaridad y de cooperación -hoy conocidas como ONG- es juzgado como tarea urgente creadora del balance necesario entre los imperativos de la libertad y de la justicia social.

Al consagrar entonces el intervencionismo del Estado y aun algunos elementos de planificación, el Neoliberalismo logra reducir el tamaño de la crisis y confrontar el estatuto de la guerra fría con un éxito desigual que consolidó a uno y otro lado (*Este-Oeste*) lealtades que identificaron economía liberal con democracia y la negación de aquella como la imposibilidad de esta.

La primera fase del Neoliberalismo se cumple utilizando todos los medios y aun renunciando transitoriamente al mismo ideario liberal en manos de la doctrina de Seguridad Nacional.

Para Latinoamérica -sus pensadores y sus actores- no es esta primera fase del desarrollo del neoliberalismo algo extraño porque ella misma ya lo había logrado en algunos momentos en que se hizo evidente una cierta síntesis entre la tradición católica -ciertamente desfigurada en su significado- que aporta el ímpetu de lo social y la redefinición neoliberal de los nuevos roles del Estado y de la Economía. De alguna manera un buen número de dirigentes y pensadores latinoamericanos abren camino hacia un "capitalismo social" y otros más visionarios profundizan el contenido social cristiano de la misión política y ponen en juego -aun a riesgo de ser tildados como socialistas o marxistas- mayores exigencias deducidas, animadas o inspiradas en el Evangelio y en el progresivo desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia.

La segunda fase del Neoliberalismo se hace evidente luego de la Conferencia de Helsinki (1974-1975) y al ritmo de las discusiones del GATT. Esta fase sí permanece durante mucho tiempo oculta y es extraña al pensar latinoamericano si se exceptúa el fallido tema de la integración. Los prospectivistas europeos, americanos y japoneses ven y perciben el descenso de intensidad de la lucha *Este-Oeste* y avizoran el triunfo del modelo neoliberal. Consecuentes con ello reaniman la profundización del pensar liberal lo que los conduce al enunciado de la integración, -que luego han de dimensionar en la globalización,- la reducción del tamaño del Estado, la privatización, el tránsito de la seguridad social progresivamente a la esfera privada, la apertura económica (rescate de la libertad de circulación a la que se había abdicado), y a la promoción de organizaciones privadas de servicio comunitario que asumieron las tareas de beneficencia activa (ONG) y la recuperación de la pequeña y mediana empresas de alta especialización.

Si bien se afirma la necesidad del Estado como creador del marco legal y coordinador de la convivencia este debe ser pequeño pero fuerte a fin de preservar al liberalismo de las fallas de su primera etapa histórica. Pero lo más determinante de lo neoliberal será, sin duda, su fijación en el consumo y la sacralización del mercado.

La caída del Muro de Berlín y en definitiva la catástrofe del modelo comunista deja tan sólo en el escenario la economía neoliberal de mercado y absolutiza el modelo como opción a imitar, como

dogma de desarrollo posible. A esta fase no llegó América Latina con la misma destreza como lo hizo en las anteriores creándose entonces un conflicto tanto de concepción como de ejecución. En nuestro continente las categorías de análisis todavía están centradas en el Neoliberalismo de primera fase en tanto que los liderazgos socio-económicos están identificados con la segunda produciéndose de esta manera un desfase lógico que propicia la generación de conflictos hasta el momento difíciles de solucionar.

Si a esto se agrega el atraso comparativo y el fuerte sentido del retardo científico, técnico y tecnológico se podrá observar que en la segunda fase neoliberal tan sólo podrán aspirar a ingresar bien los países desarrollados más las élites económico-sociales del Tercer Mundo si logran controlar el peso de la reacción política que ya se hace evidente.

Si a ello se unen el peso de la pobreza, países del Sur con un Norte social privilegiado; si la cultura se nutre de expedientes insatisfechos de consumo y si -como ocurre en algunos casos- se está en medio del fragor de la guerra social o de aquella que anima o distorsiona el narcotráfico, el neoliberalismo de segunda etapa no logrará fácilmente establecerse.

Es frente a este neoliberalismo que Latinoamérica no logra claridad; en conflicto están el ayer y el presente, ambos de semejantes raíz y que nos han llegado en el momento en donde los liderazgos políticos cuestionados no logran crear consensos que permitan diseñar un camino claro frente a las exigencia y demandas que brotan del liderazgo económico internacional.

El acuerdo básico predominante es en torno a la economía de mercado; nadie se atreve a ir contra ella pero como en el ayer surgen las necesarias opciones e interpretaciones algunas dentro del purismo típicamente liberal que no atienden al costo social que puede producirse y otras que aceptando la verdad y el dinamismo del mercado procuran orientar las posibilidades de este en beneficio del ascenso del hombre, de la equidad y de la solidaridad.

Se configura así una doble visión; por una parte la Economía Liberal de Mercado y por otra la Economía Social de Mercado,

aquella heredera de la Revolución Industrial, del fisiocratismo del siglo XVIII, de Adam Smith, está vinculada a la tradición social cristiana en donde el mercado es tan sólo un instrumento apto para desarrollar una concepción de hombre y de sociedad que garantice una sociedad más humana ya que es el hombre quien es solidario y esta solidaridad debe ser transmitida por el al desarrollo de los instrumentos económicos.

Una gran discusión se avecina en donde se han de poner a prueba los liderazgos que cada una de ellas ponga en juego. La incertidumbre reside en que no se sabe bien hacia dónde se incline la balanza y si sobrevive aquella distorsión que hace que continúe el paralelismo de un discurso teórico humanista y de un ejercicio práctico vinculado a su negación.

En efecto, el obstáculo más fuerte que debe superar la cultura latinoamericana es el de su pretensión de ayudar a crear un mundo en el que ella no puede decir su palabra y su decisión de hacerlo a cualquier precio aun aquel de su identidad.

BIBLIOGRAFIA

BAUER Peter, *Dissent on development*, Londres 1971.

BELTRAN Lucas, *Economía y Libertad*, Madrid 1978.

CABRILLO Francisco y SEGURA Frederic, *Dinero y libertad económica. Una crítica del control de cambios en España*, Unión Editorial, Madrid 1979.

CABRILLO Francisco, *España ante la CEE: libertad financiera*, Unión Editorial, Madrid 1980.

CHOW Steven C. y PAPANNEK Gustav F., "Laissez-faire, Growth and Equity. Hong Kong", *The Economic Journal*, Junio de 1981, p. 446-481.

DJILAS Milovan, *The New Class*, Nueva York 1957.

FAURE Edgar, *La disgrace de Turgot*, París 1961.

FRIEDMAN Milton, *Essays in Positive Economics*, Chicago 1953.

FRIEDMAN Milton y SCHWARTZ Anna, *A Monetary History of the United States*, Princeton. 1963.

FRIEDMAN Milton, *Money and Economic Development*, Nueva York 1973.

HABERLER Gottfried, *Flexible-Exchange-Rate Theories and controversies Once Again*, Washington 1981.

HAYEK Friedrich, *The Road to Serfdom*, Londres 1944.

_____, *The Constitution of Liberty*, Chicago 1959. Versión española: *los fundamentos de la libertad*, cuarta edición, Madrid 1982.

_____, *Full Employment at Any Price?*, Londres 1975.

KEYNES John Maynard, *Indian Currency and Finance*, Londres 1913.

_____, *A Tract on Monetary Reform*, Londres 1923.

MILL James Stuart, *Principles of Political Economy*, Londres 1848. (Muchas ediciones anteriores).

ROBBINS Lionel, *The Theory of Economic Policy in English Classical Political Economy*, Londres 1952.

SCHWARTZ Pedro, *El sector protegido en España*. (Una versión ligeramente abreviada de este trabajo se publicó en la revista *Papeles de Economía Española*, No.7, 1981, p. 102-126)

WICKSELL Knut, *Selected Papers on Economic Theory*, Londres 1958.
